

EL

LAGARTO  
Y EL  
CAMALEÓN.

En las tierras  
del norte de África  
existía un pantano  
sin igual. En él crecían  
multitud de arbustos y  
cañas, de diferentes tipos,  
cada uno de un color y de  
una forma. El dios de los cielos  
vio que aquel lugar era tan bello  
que descendió a la tierra para  
quedarse a vivir en él

Pensó que un lugar tan maravilloso  
merecía ser compartido por otros seres.  
Para ello, partió cañas y las transformó en  
personas y animales, y los fue acomodando  
por parejas, hembra y macho.

Surgieron así los hombres blancos, los hombres  
negros, los animales salvajes, las aves, los insectos  
del bosque y de la pradera, los peces y las demás

cria-  
turas  
de los  
ríos y de  
los lagos.

Y creó el sol y  
la luna para que  
habitaran el cielo y  
contemplaran desde  
allí su gran obra.  
Pensó que el sol podría  
iluminar el día y la luna  
vigilar la noche. Levantó los  
brazos y exclamó:

- ¡Que el sol se muestre de día y  
la luna de noche!

El dios de los cielos estaba satisfecho.

Deseó entonces hacer un último regalo  
a su creación. Después de un tiempo de  
vivir entre sus criaturas, se encontró con  
el camaleón, al que amaba especialmente, y le  
dijo:

-Tengo una noticia para todos los seres vivos: ve  
y diles que nunca morirán.

El camaleón se sintió halagado por ser el elegido para

.

dar  
tan  
buena  
nueva. Se  
puso en  
camino

mientras movía  
sus ojos para todos  
lados y avanzaba  
pausadamente.

Cuando sentía calor el  
camaleón se paraba a  
descansar bajo la sombra de  
los arbustos. Desde ahí  
desenrollaba su larga lengua y  
atrapaba toda clase de insectos con  
los cuales se deleitaba.

-¡Te estás comiendo mi comida! -le  
gritó una rana.

El camaleón no quería discutir con la rana  
y adoptó un color rojizo para pasar  
desapercibido entre el follaje. La rana empezó a  
gritar más fuerte llamando a sus compañeras:

- ¡Se está comiendo nuestra comida!

Y, al instante, una multitud de ranas lo rodearon.  
Como no podía huir, el camaleón se puso del color de

la  
som-  
bra,  
pero las  
astutas  
ranas lo  
localizaron y  
brincaron  
encima de él  
golpeándole con sus  
patas:

- ¡Así dejarás de comerte  
nuestra comida! -  
exclamaban.

Cuando las ranas se hubieron  
alejado, el camaleón quiso continuar  
su camino. Pero no podía caminar  
porque se había lastimado seriamente  
una uña. Al cabo de un tiempo, pasó cerca  
de allí un lagarto y el camaleón lo llamó  
para decirle:

- Ve en busca del dios de los cielos y cuéntale que  
no puedo cumplir su encargo porque las ranas me  
dejaron muy malherido.

El

lagarto  
cumplió el  
recado. Al  
oírlo, el dios  
de los cielos se  
enojó por lo que le  
habían hecho al  
camaleón y ordenó al  
lagarto:

-Tú serás ahora mi  
mensajero. Te ordeno que les  
comuniques a todos los seres  
que he creado que tarde o  
temprano morirán. Nada ni nadie  
permanecerá sobre la tierra para  
siempre.

El lagarto corrió ansioso a transmitir el  
mensaje:

-¡Todas las personas morirán, sean blancas  
o negras! ¡Todos los animales morirán, sean  
domésticos o salvajes! ¡Nada ni nadie  
permanecerá eternamente!

Y es así como, desde entonces, todos los seres vivos  
están condenados a morir, dejando en el mundo a sus  
hijos y el recuerdo de su existencia.

POR  
QUÉ EL  
CIELO  
ESTÁ TAN  
LEJOS.

En el principio de los tiempos el cielo estaba tan cerca de la tierra que bastaba con levantar las manos para alcanzarlo. En aquel entonces el cielo protegía, con su cercanía, a los hombres y a los animales.

Ni los molestaban los vientos, ni el calor o el frío podían incomodarlos. Por ello los seres vivos tenían una existencia tranquila y placentera.

Un día, dos mujeres se pusieron a moler grano para la comida. Como la cosecha había sido abundante y tenían mucho grano que moler, utilizaron unos morteros enormes, con grandes palas de madera. Mientras las mujeres cantaban, las palas subían y bajaban al ritmo de su canción.

Tan

atareadas  
estaban en  
su trabajo que  
las dos mujeres  
no se daban  
cuenta de lo que  
sucedió: cada vez que  
alzaban las palas,  
golpeaban al cielo protector  
causándole gran daño. Y  
tantas veces lo golpearon que,  
sin querer, acabaron  
agujereándolo.

El cielo se cansó de ser maltratado y  
les llamó la atención:

- ¡Dejen de golpearme! ¿Es que no ven  
que me duelen los golpes y me están  
llenando de agujeros? ¿No saben que los  
protejo del frío, del viento y del calor? Si me  
siguen molestando no les podré ayudar...

Pero, entre el ruido de los golpes en el mortero y la  
canción que acompañaba su trabajo, las mujeres no

.

pu-  
dieron  
oír lo  
que el cielo  
les decía. Y  
continuaron  
moliendo el  
grano sin darse  
cuenta de nada.

Cuando el cielo no  
pudo resistir más el  
dolor, no tuvo más  
remedio que alejarse de la  
tierra hasta quedarse donde  
está. Por eso los seres humanos y  
los animales quedaron  
desprotegidos de las inclemencias y  
han de sufrir desde entonces el viento,  
el frío y el calor.

Las estrellas que hoy vemos son los  
agujeros que las mujeres hicieron al cielo  
mientras molían grano en sus morteros con  
sus largas palas de madera.

De noche, cuando el sol se oculta tras la oscuridad,  
parte de su brillo se filtra por esos agujeros que son

las

estrellas.

Y también

la lluvia se

filtra por allí.

Cuenta la gente

de Somalia que las

nubes son hermosas

doncellas que llevan a

sus casas cántaros llenos

de agua que sacan de un

pozo.

En ocasiones, si los cántaros

están demasiado llenos y se

bambolean al paso de las doncellas,

el agua puede derramarse. Cae

entonces, en forma de lluvia, por los

agujeros que se hicieron en el cielo. Y así es

como la tierra recibe el agua del cielo. .

Cerdo  
pata  
negra.

Es el más  
pequeño y  
delgado de la  
especie y su pelo es  
negro. Se crían en  
libertad y se alimenta  
de bellotas. De sus patas  
traseras sale el jamón  
serrano que es el que más le  
gusta a todo el mundo.

Los mejores jamones, que además  
son únicos en la tierra, son los de  
Jabugo, Huelva y Dehesa de  
Extremadura.

## Ruiseñor.

Vive en  
Europa y Asia,  
tiene las  
plumas de color  
castaño por el  
dorso y blanco  
grisáceo por la pechuga.

Es famoso por la belleza  
del canto del macho, que  
puede escucharse día y noche  
durante la época de  
reproducción. Se le encuentra en  
bosques densos y húmedos y emigra  
a África durante el invierno.

El ruiseñor de Japón, de pecho amarillo,  
pico y patas rojas, y canto poco melodioso,  
no pertenece a la misma familia.